

EN EL SEPELÍO DE DON GINÉS GARCÍA MARTÍNEZ

GRAN MANIFESTACIÓN DE DUELO



El coche fúnebre, conteniendo los restos del doctor García Martínez, se dirige a la parroquia de San Fulgencio.—(Foto Cifre)

El sepelio de don Ginés García Martínez que tuvo lugar el domingo por la mañana, constituyó la expresión clara del afecto de que gozaba en la ciudad. A las doce y media, la parroquia de San Fulgencio —la más amplia de Cartagena— se vio llena de público para asistir a la misa de «corpore insepulto», que ofició don Julio Morá y que pronunció una muy emotiva oración fúne-

bre sobre las virtudes del difunto. Al acto asistieron el capitán general, alcalde, diversas autoridades, profesorado de E.G.B. y personas de todas las clases sociales. En esta página les ofrecemos unos artículos de colaboradores asiduos de LA VERDAD, que así quieren rendir tributo al que fue cronista de la ciudad y, además, entrañable amigo.

"NATURAL Y YECINO DE ESTA"

El cronista —servidor— siente dejarnos cuando tantas y tan importantes cosas quedan por hacer. Sea bienvenida, sin embargo, la muerte, mi vecina, que decía el poeta, pues así lo dispone Dios. Amén. Seguro que éstas hubieran sido, poco o nada, menos, las palabras que el cronista oficial de Cartagena me dirigiera amorosamente dirigido si, aparte del momento desafortunado de este "punto de contricción", inherente, espero, a todo sepelio, hubiera contado con más tiempo. No ha sido así. Ginés García Martínez se ha ido sin palabras, seguramente con prisa para llevar a cabo este proyecto de cadáver que todo hombre hospeda en sí.

Cuando en las pizarras de las escuelas el borrador respeta aún el texto del evangelio correspondiente al quinto domingo de Pascua, Ginés García Martínez, profundamente religioso, entra —poco a poco— en la Vida. Cosa curiosa que aquel texto cuente precisamente con la frase de la que Ginés García Martínez hizo, bien aprendida la lección, la clave más decisoria de su existencia: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado". Cosa curiosa, digo yo.

Mañana de domingo, alguien nos dice adiós desde la iglesia de San Fulgencio. Bajo la advocación cartagenerisima —otro día, a tener en cuenta—, ornamentos blancos. Que no moramos como el propio difunto hobiese sin duda preferido. En el altar, una gran cruz, vacía, sin crucificado, exactamente como otra de madera, diminuta, bajo lo cual el cadáver se reposaba, recordando así la vieja advertencia por la que llegamos a entender que cada "cruz de palo, sola", sin Cristo, operando nuestra propia crucifixión de cada día. Fuera, en la vida, esta vez con imúscula; la estúpida, apetecible, hermosa, terrible, tonta, querida vida: gentes que vuelven a la playa, conversaciones sobre Micky, en noveno lugar en el Eurofestival; "pintadas" en las tapias, aire contaminado, póster de la Cantudo, publicidad de bebidas que refrescan mejor y, bajo la misteriosa adivinanza de unas siglas, la invitación al voto. Fuera quedaba también el libro a medio escribir, la escuela por visitar, el proyecto cercenado, tantas cosas más. Y es claro que la memoria del entrañable refugio de Cabo de Palos —"El Cobiijo"—, con su estudio de calles zurbararanescas y su mapa a todo color, ofreciendo las tres rutas de la tierra: la marinera, la campesina y la minera. Creo que era en "El Cobiijo", cara a la mar, al campo y a la mina, donde Ginés García Martínez se sentía más él. Como un antiguo romano, como un viejo moro, a él le bastaba sentirse en posesión de aquellas —no muchas— inestimables verdades: cuatro pares al sol, unos libros, el aor de los suyos.

Recuerdo que, frente al boceto de aquel "mapa de la tierra", Ginés García Martínez señalaba al pintor:

—No se te olvide el carrizo "atartanao", ni la noria, ni la "al-zabara"...

Y aún había de insistir:

—En el Algar, el molino de ocho velas; en La Palma, la carrera de cintas; la pantasana, en las aguas del Mar Menor... Y a echar el resto en Cartagena y La Unión.

¿No estaba allí, de algún modo, la querencia a la tierra, la raíz? Amor al contorno que así llega a impregnar toda su obra, toda su existencia. "Cartagena impar", piropea a la ciudad de su nacimiento. De "indecible" y "fabulosa" moteja La Unión, a la que tanto quería. "No hay fronteras naturales entre Cartagena y La Unión", ha afirmado antes.

"¡Paisaje mío!"; exclama un día Gabriel Miró, frente al barro del que procede, su raíz. Ahora Ginés García Martínez, "natural y vecino de ésta", vuelve a "su huerto y a su higuera", restituyéndole a la tierra la arcilla prestada un día. Nunca Ginés García Martínez estuvo más cerca de sí mismo.

ASENSIO SAEZ